

Reconocimiento de la tierra

Luis Felipe Ferra

Cineasta, escritor y creativo. Luis Felipe Ferra es Maestro en Gestión de Arte y Cultura por la Universidad de Melbourne y Maestro en Cine por la Universidad Queen's de Belfast. Actualmente cursa el doctorado en RMIT de Australia. Es cofundador de la productora cultural independiente Polytropos AC. Ha filmado documentales, series, apps digitales, teasers, videoclips, cápsulas culturales y comerciales para firmas locales y foráneas. El jazz mexicano ha ocupado parte sustancial de su quehacer audiovisual. Además, Luis Felipe ha sido colaborador de diferentes revistas ya sea con artículos de divulgación, con entrevistas o a través de la creación literaria. En 2023 publicó *De Puertas para adentro*. Diálogos en las industrias creativas.

Apenas era cuarto para las seis de la tarde pero en Melbourne parecían ser las diez de la noche. Sobre Collins, una de las avenidas con mayor prosapia de la metrópoli, los oficinistas caminaban cuesta arriba enfundados en sus abrigos invernales. La mayoría se dirigía a Southern Cross, la estación de tren, y unos cuantos a la parada más cercana de autobús. El letrero luminoso de un banco bañaba de amarillo los cuerpos de los transeúntes, que uno tras otro desfilaban frente a la sucursal. Con el rostro oculto bajo el percutido gorro de un hoodie, un vagabundo, entrado en años, clavó su mirada sobre una rubia que cruzaba por el paso de cebra mientras se escuchaba el peculiar pitido para auxiliar a los ciegos. El viejoladeó la cabeza, esbozó una mueca de complacencia, y bebió un buen sorbo de leche sabor fresa directamente de una botella de plástico.

Fue entonces que, con portafolio en mano, Martin Zhang, un expat shanghainés, que llegara hace tres años a la ciudad, salió de la puerta giratoria del corporativo como si la existencia fuese ingrátida. Zhang sabía que sus abultados pómulos, los ojos rasgados y su tez, blanca como el arroz oriental, adquirirían un nuevo lustre dentro de una nación que superaba el millón de migrantes chinos. Un golpe de viento antártico hizo ondular la gabardina color camello que cubría su traje de lana y, conforme avanzaba, a través del cristal de sus anteojos resplandecieron los múltiples colores a los que daba vida la circulación de los tranvías, el transporte por antonomasia de los melbournianos.

Era miércoles, y Martin, quien rozaba los 40, no tenía en mente volver a casa temprano, así que decidió desviarse por un flat white y un anillo de avellanas bañadas en chocolate. El distinguido chino llevaba incrustados auriculares inalámbricos que le permitían escuchar lo último sobre el mercado inmobiliario, asunto que le impidió percatarse de que el mugriento indigente, con un caminar que bien podría calificarse como descompuesto, lo seguía hasta Brunettis. Martin Zhang, el nuevo Leasing Manager de un edificio de departamentos todo incluido, estuvo cerca de cuatro horas revisando las láminas de una presentación que expondría la mañana siguiente frente a una comitiva de inversores bombaities. Pero supo que era tiempo de marcharse cuando comenzó a llorarle el ojo izquierdo.

Ciertamente, se asombró al notar que en la cafetería italiana sólo quedaban él y un trío de señoras que reñían en griego y, dado que la lluvia no cesaba desde pasadas las ocho de la noche, resolvió que iría a casa por la ruta del tranvía 70, aunque ello implicara pasar por el populoso callejón Degraives. Sin embargo, antes de doblar en la esquina, por vez primera notó al homeless orinando inverecundo sobre el ventanal de una chocolatería —Detengan el gran reemplazo, ¡deténganlo ya!— refunfuñaba con el ininteligible acento australiano.

Apenas salir de aquella turística calle, Zhang vio venir su tranvía, por lo que apretó el paso. Con el perfil enrojecido por el reflejo del semáforo de peatones que había ignorado, atravesó Flinders para llegar al apeadero ubicado a mitad de la calle. El oriundo de Shanghai puso un pie en el escalón del tram, al tiempo que presentaba su pase electrónico sobre la máquina lectora. Al alzar la vista, se encontró con el mismo vagabundo que, despatarrado en uno de los asientos verdes del transporte, le miraba con fijeza. Con todo y sus anteojos empañados, Zhang no pudo evitar hacer contacto visual y advertir la dentadura, entre negra, podrida y rota, del sujeto para después parpadear fingiendo distracción. El viejo lo increpó enfadado —¿se te perdió algo perra de oficina? Luego, con la vista extraviada prosiguió su diatriba —porque mi cuchillo y yo odiamos a los apestosos chinkys que creen ser dueños de Australia. Si bien Zhang traía los auriculares en las orejas, ya para entonces estaban descargados, y fue capaz de escuchar el impropio con claridad meridiana. Sintió entonces un tirón helado en el centro del estómago. Así, segundos antes de que el tranvía avanzara, logró pegar un salto que lo puso a salvo en tierra firme. Pero, como si lo anterior hubiese sido poco, a través de las ventanas verticales de las puertas plegables, los ojos azules del loco volvieron a cruzarse con los del asiático. Y aunque sólo durase un instante, fue la confirmación de que el destinatario había sido él y nadie más.

Zhang se montó en el siguiente tranvía el que, como pocas veces, llegó enseguida. Iba cuasi vacío, de no ser por una mujer con hiyab que hablaba por teléfono en el primer vagón, cerca del conductor. Él, por su parte, prefería los asientos del fondo. De tal suerte que, tan pronto se puso cómodo, le llamó la atención lo mucho que el desencuentro con aquel sujeto lo había agitado. Pese a que en Australia era “Martin”, su nombre chino, Fú, significaba prosperidad, y para Fú, forjado en la disciplina y el trabajo, lo anterior parecía inverosímil —¿Qué puede hacerme un viejo sin techo?—, se dijo a sí mismo, riendo a la par que se secaba la frente. Vio la hora en su reloj digital, cuando menos le quedaban diez minutos de viaje a Docklands, así que le entregó su atención al teléfono. No obstante, transcurrió poco tiempo para que percibiera que un desagradable olor a amoníaco se colaba por algún lado. Sin concederle demasiada importancia se levantó para abrir la ventanilla, pero para su desconcierto total, cuando Zhang regresó a su asiento, encontró sentado al lado suyo al indigente de la sucia sudadera.

Desasosegado, el anciano se afianzó al brazo del chino y, con la boca retorcida por la resaca de una vida disoluta, dijo: —Reconocemos al pueblo Wurunjeri de la nación Kulin, custodios tradicionales de esta tierra, rendimos homenaje a sus ancianos del pasado, del presente y a los que vendrán. Al tiempo que recitaba el acknowledgment of country con un penetrante aliento alcohólico, el homeless rebanó en diagonal el cuello de Zhang con un cuchillo retráctil, de inmediato lo hundió en el estómago y después, con toda intención, buscó herir el pulmón. Turbado, el asiático dejó caer su portafolio de piel, faltándole manos para detener las hemorragias que ya encharcaban la tela afelpada del asiento. Zhang fue incapaz de emitir una sola palabra.

En tanto, el vagabundo tiró del cordón solicitando la parada. Se bajó del vagón a escasos metros de William Street y, convencido de que en ese país los blancos rara vez son culpables, caminó sin apuros por uno de los bajos puentes en dirección al río Yarra. La sombra que proyectaba en la banqueta dejaba ver su andar desarticulado y espasmódico. En medio de la lluvia chiflaba la pegajosa “Who can it be now?” de Men At Work. *